

Opinión pública y proceso electoral en Estados Unidos

Alejandro Becerra Gelover*

La percepción del electorado norteamericano sobre las figuras de los candidatos presidenciales jugó un papel central, mucho mayor que en otras elecciones, en el resultado final de los pasados comicios en Estados Unidos. Fue una opinión pública dividida durante los últimos tres meses de la contienda y, todavía a una semana de la elección, su resultado era incierto. Los indecisos se convirtieron en el “fiel de la balanza” y en quienes recayó el resultado final de los comicios que terminaron por favorecer al presidente Bush. La estancia del ejecutivo norteamericano en la Casa Blanca por cuatro años más se convirtió en una decisión de último momento sustentada en el temor.

La contienda por la Casa Blanca en el proceso 2004 fue considerada como la más cerrada y competida en la historia electoral norteamericana de los últimos veinte años. El carácter reñido de la contienda se sustentó en una opinión pública que hasta un día antes de las elecciones no definía el sentido de su voto y, porque en todo caso, la ventaja del candidato ganador sería mínima con respecto al abanderado perdedor. Finalmente el desenlace de la contienda se inclinó

en favor de George Bush. Fue una decisión que en último momento fue tomada por una minoría de electores indecisos, en donde predominaron los valores conservadores. Ante tal escenario surgen varios cuestionamientos: ¿Cómo se movió la opinión pública durante el proceso electoral? ¿Qué factor hizo que al final de la contienda se definiera el apoyo popular en favor del candidato republicano cuando en la mayor parte de la campaña electoral las encuestas favorecían al ahora candidato perdedor? ¿Qué impacto tuvieron los debates en la opinión pública norteamericana? ¿Por qué una minoría de electores indecisos decidió el triunfo de Bush? ¿Qué elementos influyeron en el imaginario colectivo para definir este resultado?

A través del presente trabajo se

intenta reflexionar en torno a los cuestionamientos vertidos. Para ello el mismo se divide en cuatro partes. En la primera se hace un recorrido del proceso electoral de Estados Unidos visto desde la perspectiva de los resultados consignados por las encuestas electorales, a fin de ofrecer una narración cercana a la forma en que la opinión pública se comportó en el trayecto hacia las elecciones del 2 de noviembre de 2004. El contexto de la jornada electoral y sus resultados son abordados enseguida junto con algunas consideraciones que intentan explicar las motivaciones de la decisión de los electores norteamericanos al momento de emitir su voto por el presidente Bush. En la tercera parte se comentarán algunas consideraciones sobre la percepción

* Profesor, Departamento de Relaciones Internacionales, UNAM, campus Aragón. Las fuentes donde se obtuvo la información sobre los estudios de opinión fueron las páginas electrónicas de las empresas que realizan estos estudios.

¹ Noviembre 15, 2004, p. 48.

social de los mexicanos con respecto al proceso electoral norteamericano. En la parte final se presentarán algunos comentarios generales y se describirá el escenario general que la opinión pública del mundo puede esperar para un segundo periodo de administración republicana.

Opinión pública y campaña electoral

El proceso electoral en Estados Unidos inició a principios de marzo del año pasado (2/3), con el llamado “súper martes” y prácticamente cuatro meses antes de que tuviera lugar la Convención Nacional Demócrata que se realizaría en Boston (26-29/7) en donde se elegiría al abanderado de este partido a la presidencia, el senador por Massachussets John Kerry ya se había convertido en el virtual candidato al ganar 1,385 votos de un total de 2,162 delegados. Desde entonces las encuestas electorales tanto para conocer las preferencias populares como para ubicar las probabilidades del voto electoral, le fueron favorables. A partir de ese momento, John Kerry se perfiló como un candidato de riesgo para las probabilidades de reelección del presidente George Bush.

Los pésimos resultados en Irak, el mal curso de la economía norteamericana, las deficiencias en la política doméstica y el escándalo del maltrato y las torturas de los soldados norteamericanos a los presos iraquíes en la cárcel de Abu Ghraib, cerca de Bagdad, fueron algunos de los factores que contribuyeron al desplome de la popularidad del presidente Bush, una vez empezada la contienda electoral y, en sentido inverso, impulsaron el fortalecimiento de la percepción popular con respecto a la figura de John Kerry. Una encuesta de Gallup para la cadena CNN y el semanario Time (14/5) confirmaba la baja de popularidad del presidente a causa de los acontecimientos vinculados con el conflicto bélico. El estudio comprobó que el maltrato de prisioneros iraquíes impactó el respaldo popular al ejecutivo al mostrar una intención de voto de 46%, comparado con 51 puntos en apoyo al senador John Kerry. El estudio también demostró que en el manejo de la guerra el apoyo al presidente bajó a 49%; el apoyo al conflicto bajó de 53 a 48 puntos; y sobre el costo de la intervención, un 56% señalaba que la permanencia de las tropas norteamericanas en Irak no valía la pena ni por las vidas humanas, ni por los recursos erogados. Los índices del desplome de la popularidad del presidente se dieron aun cuando el inquilino de la Casa Blanca anunciara un nuevo plan para Irak (24/5).

Para junio, la popularidad de George Bush continuaba desplomándose. Los cuatro estudios de opinión más

importantes realizados en ese mes a nivel nacional así lo confirmaban. La encuesta de Los Angeles Times (11/6) señalaba la consolidación de la ventaja de John Kerry entre los votantes a nivel nacional, con 51% frente a 44 puntos del presidente. La encuesta de la CBS News (13/6) reveló que Kerry derrotaría a Bush por 14 puntos, ubicando las preferencias electorales en 53% contra 39 del mandatario. La encuesta del The Washington Post (22/6) indicaba que incluso la gran ventaja que tenía el presidente sobre John Kerry con respecto al tema del terrorismo, había desaparecido, 8% de los entrevistados dijo confiar más en Kerry, por un 47% que aún confiaba en el presidente. Por su parte la encuesta de Gallup (25/6) consignó, por primera vez desde el inicio del conflicto en Irak, que el 54% de los estadounidenses consideraban que la intervención armada había sido un error. Desde varias aristas las tendencias apuntaban hacia una posición de respaldo político cada vez más débil del presidente y una opinión pública cada vez más en desacuerdo con la forma en que el ejecutivo conducía al país.

El empate técnico

Durante el mes de julio esta tendencia persistió, aunque la distancia entre los dos candidatos empezó a ser menor. El sondeo de la cadena CBS y el diario The New York Times (5/7), mostró una ligera ventaja del senador Kerry con 45% de las intenciones de voto contra 44 puntos a favor del presidente Bush. El resto de las encuestas realizadas mostró resultados similares en donde las diferencias sólo alcanzaban de uno a tres puntos porcentuales. A partir de entonces, las preferencias electorales comenzaron a cerrarse mostrando un núcleo duro de 40% para cada contendiente y un cinco por ciento para Ralph Nader. El 15% restante se relacionó con los votantes indecisos. En este contexto, los estudios de opinión vaticinaban que cualquiera de los dos candidatos que ganará la entrada a la Oficina Oval lo haría por una mínima diferencia en las preferencias de la opinión pública. En tal escenario, en donde la decisión sobre el resultado de la elección presidencial se perfilaba para ser delineada por una minoría cuantitativa, la importancia de los grupos minoritarios o de estados tradicionalmente poco importantes en términos electorales creció significativamente.

Para finales de julio de 2004 se realizó la Convención Nacional Demócrata en donde el senador John Kerry fue postulado formalmente como su candidato. En la opinión pública se esperaba que la Convención sirviera como una plataforma de despegue para el demócrata. Tal apreciación

era consecuente al tomarse en cuenta que entre el 6 de julio y el 12 de agosto del año pasado, tan sólo se realizaron 56 encuestas nacionales (Zogby, Rasmussen, The Economist, Gallup, Pew), las cuales consignaron el triunfo de John Kerry en 49 ocasiones, del presidente Bush en seis y confirmaron un empate. Sin embargo el senador por Massachusetts no despuntó en las preferencias electorales como algunos observadores habían señalado y solamente mantuvo una ligera ventaja. Para finales de agosto y principios de septiembre del año anterior, se realizó la Convención Nacional Republicana, que reunió a 2509 delegados en Nueva York (30/8-2/9) para designar al presidente Bush (2/9) como su abanderado. A diferencia de la Convención Demócrata, la Republicana sí tuvo un impacto importante en la intención de voto tanto en el porcentaje de votación popular como en los votos electorales.

En contraste con el mes de julio en que los estudios de opinión de los principales encuestadores a nivel nacional (Gallup, Fox News, Time, NBC-WSJ, Los Angeles Times, Rasmussen) daban como triunfador a John Kerry, aunque por una mínima diferencia, en agosto la decisión del electorado se presentó de manera dividida y muy cerrada (Time: Bush 46 puntos -Kerry 46, (26/8); Gallup: Bush 50 puntos - Kerry 47, (25/8); Fox News: Bush 44 puntos - Kerry 45; (25/8); Los Angeles Times: Bush 49 puntos -Kerry 46, (24/8); Tipp-BID: Bush 44 puntos - Kerry 41, (23/8). Luego de la Convención de los republicanos, por primera vez en la contienda electoral el presidente Bush se puso a la cabeza de las preferencias de la opinión pública norteamericana. El cambio fue notorio y al término de la Convención el presidente se colocó 11 puntos arriba de su adversario demócrata (52 a 41), como lo confirmó un sondeo del semanario *Nesweek* (3/9). Las predicciones por votos electorales también le fueron favorables al mandatario. Los estudios de opinión (Rasmussen) mostraron también por primera vez (31/8) que el presidente Bush ganaría la mayoría de los 538 votos electorales obteniendo alrededor de 280 votos por 242 de su contendiente, y dejando algunos votos pendientes.

Durante la primera quincena de septiembre se realizaron ocho estudios de opinión (IBD/TIPP, 46 Bush - 46-Kerry; *Newsweek*, 49 Bush - 43 Kerry; Time, 52, Bush -42 Kerry; AP, 51 Bush - 46 Kerry; Fox, 47 Bush - 43 Kerry; ABC, 52 Bush - 43 Kerry; CBS, 49 Bush - 42 Kerry; y CNN, 52 Bush - 45 Kerry), de los cuales siete dieron como ganador al actual mandatario y uno les atribuyó un empate. Estos resultados también se reflejaron en los votos electorales en donde el presidente Bush también se confirmó como el candidato ganador al obtener 307 a favor, contra 231 de

su oponente. Las tendencias de las preferencias en la opinión pública desde entonces le favorecieron al republicano, pero con la salvedad de que su ventaja en el mejor de los casos se definía por tres o cuatro puntos porcentuales, lo que desde la lógica estrictamente estadística se consideró como un empate técnico. En ese momento las encuestas no predecían nada y no había nada para nadie.

Los debates presidenciales

Durante la segunda mitad de septiembre las encuestas se comportaron de manera similar. Sin embargo, una oportunidad para terminar con el empate técnico la representan los tres debates entre los candidatos presidenciales (30/9; 8/10 y 13/10) y uno entre los candidatos a la vicepresidencia (5/10). Se esperaba que los debates ayudaran a definir con claridad las preferencias electorales de la mayoría de los norteamericanos. Sin embargo, las simpatías populares se movieron poco en el fondo y los índices de intención del voto siguieron sin identificar al posible ganador.

De acuerdo con los medios de comunicación y los expertos, las propuestas inteligentes, la claridad oratoria y discursiva, así como las habilidades para enfrentar las escaramuzas propias del debate le favorecieron en los tres encuentros al senador Kerry. En el primer debate (30/9), en donde el tema dominante fue la situación en Irak, los resultados de los sondeos inmediatos apuntaron que el ganador había sido el candidato demócrata (ABC (1/10) Kerry-45, Bush-36; Gallup/CNN/USA Today (3/9), Kerry-53, Bush-47; CBS (2/10) Kerry-44, Bush-26). Para la mayoría de los encuestados, la imagen de seguridad y liderazgo proyectada, los cuestionamientos más agudos, y la claridad en la oratoria y en el debate, fueron evidentes en el senador Kerry. El argumento del demócrata al acusar al presidente de haber engañado a los estadounidenses y al mundo sobre las causas de la guerra, fue contrastado por las razones de Estado en materia de seguridad del mandatario. En tal sentido, los sondeos también señalaron una pista importante para el resultado final, pues mostraron que la mayoría de los norteamericanos (54 a 37) seguían considerando al presidente Bush como un político más capaz que el candidato demócrata para manejar la guerra en Irak, proveer a los norteamericanos de un paraguas de seguridad y continuar la lucha en contra del terrorismo internacional.

El segundo encuentro (8/10) abordó la temática nacional (salud, educación, aborto, política fiscal y empleos), aunque el affaire Irak volvió a ser foco de atención. El presidente no tuvo muchos argumentos de defensa en esta

temática, pues su desempeño siempre ha sido inferior al de la administración Clinton. El argumento del demócrata sobre Irak al indicar que Estados Unidos había perdido la confianza del mundo tuvo cierto impacto popular, pero la respuesta de Bush al señalar que su administración no sujetaría la seguridad estadounidense a la opinión internacional, quedó en la mente de los electores, aun cuando las encuestas también dieron como ganador del debate al candidato demócrata. (Zogby, Kerry-46, Bush-45; ABC, Kerry-44, Bush-41).

En el último debate (13/10), además de los temas nacionales, se incluyó al tema migratorio. Mientras el demócrata propuso dar amnistía a los trabajadores ilegales, el republicano mantuvo su propuesta de instrumentar un programa de trabajadores temporales, posiciones que siguieron siendo social y políticamente controvertidas. La crítica de Kerry sobre la inseguridad de las fronteras fue impugnada por Bush al señalar que durante su administración las fronteras norteamericanas eran más seguras que cuatro años anteriores. Las encuestas volvieron a dar el triunfo a Kerry como el ganador del tercer debate (Gallup/CNN, Kerry-52, Bush-39; ABC, Kerry-42, Bush-41; CBS, Kerry-39, Bush-25). De acuerdo a la revista Newsweek¹ los debates fueron vistos por una audiencia efectiva de 62 millones de norteamericanos que en su mayoría respaldaron al candidato demócrata. Así, los tres debates entre los candidatos presidenciales dieron como triunfador al senador John Kerry. Sin embargo, sus habilidades oratorias, su impecable imagen y la defensa de su proyecto político, no fueron suficientes para ayudarlo a definir una ventaja contundente sobre el presidente George W. Bush.

La victoria de Kerry en los debates no fue gratuita. El candidato demócrata estaba mejor arropado políticamente para los debates que el presidente Bush y tenía mayores ventajas desde su cómoda posición como opositor, pues durante la campaña y en los tres debates se enfocó a criticar las políticas y programas del actual gobierno y en señalar los errores cometidos por la actual administración en temas como la economía y el bienestar social. Las deficiencias de la economía, la situación en Irak, las sugerencias del reporte de la Comisión I I/9 y en general todos los asuntos relacionados con el terrorismo, fueron utilizados en detrimento del presidente y buscaron impresionar al electorado. No obstante, las encuestas de opinión en general siguieron considerando a Bush un candidato más fuerte sobre todo en materia de seguridad. Al inquilino de la Casa Blanca

le correspondió defender las “razones de Estado” y de seguridad nacional que lo motivaron a tomar las decisiones respecto a Irak, aun con los efectos evidentes en la economía norteamericana. El presidente se preocupó por convencer al electorado que su gobierno debería continuar para atender su papel como garante de la paz y seguridad internacionales. En tal sentido, días antes de la elección, el electorado norteamericano sentía que el presidente Bush los defendería mejor en un eventual ataque terrorista que su adversario demócrata. De ahí que para finales del mes de octubre las encuestas electorales mostraban aún la ligera ventaja que el presidente Bush mantenía en la opinión pública con respecto al senador Kerry.

En este contexto, más allá de los resultados de las miles de encuestas que se realizaron hasta un día antes de la jornada electoral, la realidad era que entre los norteamericanos no parecía existir una tendencia definitiva y clara que definiera la contienda para alguno de los dos candidatos. En otras palabras, un día antes de la elección no había nada para ningún candidato, el panorama era incierto y todo podría pasar. De ahí que el electorado flotante o indeciso jugara un papel central en el resultado final el día de la elección.

La jornada electoral

Como lo venían confirmando las tendencias de la opinión pública, la carrera hacia la Casa Blanca se decidió en el último momento. Incluso, el día de la elección, las encuestas mostraban que las simpatías populares se habían movido poco y que los índices de intención del voto seguían sin señalar al posible ganador. Sin embargo, el día de la elección tres factores se combinaron e influyeron en la población de electores indecisos en quienes recayó el resultado final que favoreció a George Bush: la estrategia de persuasión electoral republicana, la importancia de los colegios electorales de estados tradicionalmente poco importantes y el factor de la seguridad y la lucha contra el terrorismo, esto último vinculado con la cultura del temor.

En la víspera de las elecciones, el electorado norteamericano se mantenía dividido en 40 puntos porcentuales por igual tanto para el senador Kerry como para el presidente Bush, 5 puntos para Nader y el 15% restante seguía sin tener preferencia definida. Ante tal escenario, el día de los comicios los estrategas de la campaña republicana desplegaron un dispositivo de promoción del voto que incluyó llamadas telefónicas, visitas domiciliarias y promoción en lugares públicos. Al final del día, la estrategia republicana fue más intensa y efectiva que la demócrata, a tal grado

² Newsweek , noviembre 15, 2004, p. 19.

que el presidente obtuvo tres puntos porcentuales más que su adversario llegando al 51% de la votación popular, lo que se tradujo en 58,917,663 votos, contra 48% de su contendiente, equivalente a 55,950,097 sufragios. Un uno por ciento de la votación fue para el candidato Ralph Nader, que obtuvo 400,701 votos. El poder de persuasión se reflejó también en las elecciones para conformar el 109 Congreso, en donde los republicanos obtuvieron la mayoría de los asientos en el Senado (54/100), lo mismo que en la Casa de Representantes (229/435)². Sin tener un efecto directo en la contienda electoral puede señalarse que 28 de los 50 gobernadores de Estados Unidos actualmente también son de tendencia republicana. En este sentido, el electorado dotó al mandatario de un margen político de maniobra amplio para su segundo periodo, que además es respaldado por una composición parlamentaria favorable y por el apoyo de la mayoría de los gobiernos estatales.

Tradicionalmente los candidatos presidenciales enfocaban sus estrategias en los estados más importantes en términos electorales. Sin embargo, a partir de la elección del 2000 en que el candidato Bush ganó la presidencia con los 27 votos de la Florida, los equipos de campaña pusieron mayor énfasis en estados tradicionalmente no tan representativos. De ahí que ambos candidatos le dedicaran mayores recursos y más atención a 22 estados considerados en términos comiciales como no prioritarios, como en los casos de Colorado y Louisiana; de población hispana como Nuevo México, Arizona, y Nevada; o de entidades con alto nivel de disputa como Ohio. Fue precisamente a este estado al que, con tan sólo 20 votos electorales le tocó ser en esta ocasión el “fiel de la balanza” para decidir la elección presidencial. Los votos de esta entidad sirvieron para darle al presidente, en la madrugada del miércoles 3 de noviembre, el triunfo definitivo y asegurar su estancia en la Casa Blanca por otro periodo más, al obtener en principio 274 votos electorales contra 252 del candidato Kerry.

Es pertinente señalar que la historia norteamericana ha demostrado que ningún presidente ha perdido la reelección cuando su país se encuentra en guerra. El triunfo de Bush sería inexplicable sin la asociación popular de su imagen con el factor seguridad. Los sondeos de opinión, como ya se ha señalado, mostraron siempre que aún cuando el desempeño gubernamental interno del presidente era mal percibido, la mayoría de los norteamericanos seguían considerándolo como un político más capaz para manejar la guerra en Irak y para continuar la lucha en contra del

terrorismo internacional. De ahí que los electores indecisos terminaron por valorar al tema de la seguridad como de gran relevancia para el futuro inmediato de su país o, desde otra perspectiva, tuvieron siempre presente el factor miedo en el imaginario colectivo de la sociedad estadounidense, como se deriva de la encuesta publicada por Nesweek (15/11) en donde se señala que el 86% de los electores que votaron por Bush lo hicieron teniendo en cuenta la lucha contra el terrorismo internacional. Con la reelección ganada el presidente norteamericano confirmó la continuidad de su lucha contra el terrorismo internacional para los próximos cuatro años, pero ahora con un mayor respaldo popular y legislativo.

Proceso electoral y opinión pública en México

Antes de abordar la percepción de México en la campaña electoral en Estados Unidos debe señalarse como condición general que los candidatos presidenciales planean sus estrategias y objetivos en función de las preocupaciones de la población que los va a elegir. En este sentido, los candidatos jerarquizan en primer término los asuntos internos para posteriormente mirar hacia los asuntos internacionales. Estados Unidos, como la única hiperpotencia del mundo, define sus preocupaciones en política exterior hacia la problemática en Europa, Rusia, Canadá, Japón y China, ahora en Irak y la lucha contra el terrorismo, para posteriormente dirigir su atención a los países del tercer mundo como en el caso de América Latina. Desde esta perspectiva México adquiere un nivel secundario también para las campañas electorales presidenciales. No obstante, especialistas como Madeleine Albright señalan que México debe recibir una atención especial por el cúmulo de temas domésticos e internacionales que vinculan a los dos países.

La percepción mexicana

En México, John Kerry despertó una mayor simpatía popular que el presidente Bush. De hecho así quedó consignado en una encuesta del Grupo Reforma (4/8) que señaló que el 55% de los mexicanos preferían al demócrata como presidente por un 45% que se inclinaba por la reelección de George Bush³. La respuesta a ello posiblemente tuvo que ver con tres aspectos centrales: la percepción generalizada de que los gobiernos demócratas son más favorables para

³ Reforma, Crece el apoyo a John Kerry en México, 4 de agosto de

2004.

México; la animadversión popular por la política belicista de Bush en el mundo; y la frustración de que el gobierno mexicano no logró un acuerdo migratorio con Estados Unidos, siendo éste un tema central en la agenda bilateral de nuestro país.

Posiblemente de las tres, la primera tuvo mayor peso, pues se entiende que los candidatos demócratas tienen una mayor apertura para tratar asuntos de política exterior con México. Sin embargo, ésa fue una mera percepción social poco fundada, pues en ambas campañas electorales los candidatos hablaron poco o prácticamente nada sobre México. Incluso, algunos observadores señalaron que ambas campañas fueron ambiguas con respecto a al vecino del sur. Conforme la campaña avanzó, sus discursos mencionaban de manera general a América Latina y en pocas ocasiones se hizo mención sobre México. Los temas abordados en ambos casos fueron: comercio internacional, flujos migratorios y las medidas de seguridad fronteriza.

Posiblemente Kerry fue el candidato que más habló sobre México. Después de la Convención Demócrata Kerry se enfocó más a nuestro país y señaló que sometería a revisión los tratados comerciales vigentes de Estados Unidos con otras naciones, incluyendo el Tratado de Libre Comercio para América del Norte, a fin de fortalecerlos y convertirlos en instrumentos más provechosos para su país. Por otra parte, también se pronunció por una reforma de las leyes migratorias, en la perspectiva de incluir un programa de regularización para residentes indocumentados, planteamiento que coincidía con la posición que México ha promovido en los últimos cuatro años. La intención de Kerry era favorecer la reunificación familiar y la legalización de inmigrantes. En la plataforma electoral presidencial del partido demócrata se establece que los indocumentados sin antecedentes criminales, que pagan impuestos, deben tener el camino hacia una ganada participación plena en Estados Unidos.

En materia de seguridad fronteriza, Kerry manifestó su oposición a la militarización de la frontera con México, pero fue enfático en apoyar el programa de “fronteras inteligentes” con el propósito de agilizar el movimiento de mercancías y personas en la franja fronteriza, en un marco de fuertes y confiables medidas de seguridad. En este contexto, se pronunció por la formación de un “perímetro de seguridad estadounidense” para coordinar políticas de migración, aduanas y viajes entre Estados Unidos, Canadá y México. Sobre esta base se sostuvo el apoyo de algunos sectores de la opinión pública mexicana con respecto a Kerry hasta el día de la elección. Sin embargo, en términos

más realistas los temas importantes para México, como el migratorio, recibieron una escasa atención por parte de los dos candidatos y cuando fueron abordados no dieron la impresión de ser prioritarios para Estados Unidos. De ahí que la percepción de la opinión pública en México de que uno de los dos candidatos pudiera ser más sensible para atender la relación con nuestro país, finalmente no pasó de ser una percepción errónea.

Si bien es cierto que una opinión pública extranjera es positiva para un país en proceso electoral, también es cierto que los extranjeros no votan en las elecciones de Estados Unidos. El 3 de noviembre, la desilusión de los simpatizantes de Kerry, no sólo en México sino en todo el mundo, llegó cuando el senador demócrata reconoció la victoria del presidente un día después de la elección.

La percepción internacional del resultado de la elección

La opinión pública internacional estaba convencida de que las prioridades de la política exterior de Estados Unidos no cambiarán en los siguientes cuatro años con un triunfo republicano. Esta percepción fue confirmada por el discurso que el presidente Bush pronunció (4/11) luego de su reelección, en el que delineó el rumbo que seguiría su administración en su siguiente periodo. Como era de esperarse, puso en claro la continuidad de su lucha contra el terrorismo internacional al señalar que su gobierno trabajaría con los países aliados, especialmente con Europa y, OTAN para promover el desarrollo y progreso, derrotar a los terroristas y alentar la libertad y democracia como alternativas a la tiranía y el terror en el mundo. La percepción de que el inquilino de la Casa Blanca podría continuar su lucha contra el terrorismo internacional con un mayor respaldo popular y legislativo hasta principios de enero de 2009, se hizo cierta. Debe señalarse que la victoria electoral legitima las acciones de gobierno y de ahí la percepción de que la administración republicana no tiene necesidad de cambiar de fondo su actuación en el orbe durante un segundo periodo de gobierno. Se trata de un contexto que genera más antagonismos a nivel mundial que coincidencias.

La reelección del presidente ocurre en un contexto internacional que exige mayor atención por parte de la “hiperpotencia”, en donde el presidente Bush mantendrá su política belicista aun cuando hipotéticamente él no quisiera, pues como responsable de la política exterior de su país tiene muchos frentes que atender de manera simultánea. El presidente enfrenta una fuerte amenaza de los grupos

extremistas, una guerra en Irak que va de mal en peor, la necesidad de estabilizar militarmente a Afganistán, a una Corea del Norte con un arsenal nuclear, un potencial Irán también con armas nucleares, así como una serie de compromisos militares regionales como en los casos de Colombia o Filipinas. Este panorama tiene lugar sobre la base de un poder militar norteamericano acotado por el despliegue de efectivos en Irak y por las limitaciones del déficit presupuestal norteamericano. Se prevé que la lucha antiterrorista tendrá más exigencias y definitivamente se espera una política exterior más agresiva que subraye el predominio estadounidense en los próximos cuatro años.

En el caso de Irak, la reelección de Bush implicó que el futuro de esta nación dependiera más de las decisiones de Washington y que la problemática en Irak se convirtiera en el asunto pendiente por resolver de la agenda de política exterior de Estados Unidos. El antagonismo de gran parte del mundo, el descrédito de las instituciones de inteligencia norteamericanas y el rechazo de casi la mitad de la población norteamericana hacia las acciones de política exterior del presidente, hace de la pacificación de Irak un objetivo clave para los próximos cuatro años. Incluso se podría hablar de un problema de orgullo nacional si se considera que la ingobernabilidad en Irak ha sido la divisa común en ese país y que ésta continuó durante todo el año anterior, aun cuando se eligió a un gobierno provisional. Hoy en día, cuando se escribe este trabajo (15/11), aún no se vislumbra un horizonte de calma en el corto plazo para esta nación islámica y siendo pesimistas tampoco se espera. En este momento las ciudades del llamado triángulo sunnita, principalmente Faluya, han sido las más complicadas para las fuerzas angloamericanas. La violencia social no se ha detenido y los encuentros entre las guerrillas con las fuerzas del gobierno provisional amenazan con impedir la realización de las lecciones de enero de 2005.

Aunque algunos analistas señalan que hoy más que nunca Estados Unidos está acotado por la opinión pública internacional, en donde la arrogancia y el unilateralismo no continuarán siendo las cartas fuertes del presidente Bush, no obstante, la percepción internacional parece exactamente la contraria. Con el triunfo de Bush resulta claro que no existen las condiciones para cambiar el curso de la guerra y de la intervención armada en Irak. El gobierno norteamericano ha mantenido su postura en este país y ahora tiene la posibilidad de desplegar una estrategia de intervención mucho más agresiva, armada o negociadora o ambas, para terminar con las principales guerrillas en el país y cumplir con su compromiso de “pacificar” Irak. En términos negociadores

el gobierno norteamericano podría intentar presionar a los líderes tribales y a los clérigos (shiitas, sunnitas) del país para disminuir el apoyo a las guerrillas. Los líderes saben que su poder local se ve amenazado con la capacidad militar que podría desplegar el presidente Bush en un momento extremo, una vez ganada la reelección. Se espera una estrategia de mayor agresión militar en el futuro inmediato y Faluya está siendo el primer eslabón con la denominada operación “Furia Fantasma”, a fin de terminar con los focos de resistencia insurgentes del líder radical Abu Musab al Zarqawi y entrar en la etapa final de la estabilización de Irak. Sin embargo, ninguna estrategia puede ser 100% segura cuando un pueblo está exacerbado.

Comentarios finales

Desde septiembre de 2001, la lucha contra el terrorismo internacional y posteriormente la intervención armada de Estados Unidos en Irak estuvieron presentes en el imaginario colectivo del pueblo estadounidense y se perfilaron como un elemento que podría definir las posibilidades de reelección del presidente Bush. Si bien es cierto que luego del 11 de septiembre la popularidad del presidente aumentó significativamente, al paso del tiempo y como consecuencia de las incoherencias gubernamentales en materia de inteligencia, los excesos en los gastos de defensa, el número creciente de decesos de soldados norteamericanos en Irak o el maltrato a los prisioneros iraquíes, la opinión pública empezó a girar en contra del presidente norteamericano. Tal situación hizo pensar a muchos analistas que la victoria del candidato Kerry era irreversible. A lo largo de la mayor parte de la campaña, el demócrata estuvo arriba en las encuestas electorales y dicha percepción era creíble.

No obstante, el apoyo popular al demócrata pudo haber sido más una reacción en contra de la administración Bush que un apoyo sólido al candidato Kerry. Ello explicaría que finalmente al momento de tomar una decisión sobre el futuro de Estados Unidos para los próximos cuatro años, la población considerara mejor las propuestas del presidente. La sicología de la seguridad o del miedo siempre estuvo presente en el electorado y, de hecho, parece ser el elemento central que inclinó la balanza en favor del actual mandatario. La opinión pública de Estados Unidos prefirió a un presidente que ya había tomado decisiones en materia de seguridad internacional que a un candidato del cual no conocía su desempeño en un escenario de lucha contra el terrorismo. Para bien o para mal se tenía la certeza de que con Bush el pueblo norteamericano no había sufrido